

("Las Noticias", Barcelona, 10 mayo 1899



## La prensa y el lenguaje

Lo he escrito ya muchas veces, pero aún he de escribirlo muchas más; una de las cosas que tenemos que hacernos en España para poder entrar de lleno en la cultura de los pueblos nuevos es el lenguaje. Hay que movilizar la hierática rigidez del viejo romance castellano; hay que darle flexibilidad y mayor riqueza; hay que aprovechar sus energías potenciales haciéndolas actuales; hay que poner en juego su poder de derivación y asimilación, por ridículas preocupaciones contenido.

A medida que nuestra vida se complejiza tiene también que complejizarse el idioma en que la reflejamos. Nuevas instituciones, nuevos inventos y utensilios, nuevas ideas exigen palabras nuevas, así como un nuevo modo de concebir la vida exige nuevo tono y orientación nueva en el lenguaje.

No creo que haya institución más a propósito que la de la prensa para recoger el idioma vivo, el que en las calles y plazuelas y en los cafés y en los casinos y en los campos se está formando día tras día, en labor incesante, junto al lenguaje hecho ya y consagrado, cultivado por arqueólogos, que no otra cosa son los puristas, y archivado en gramáticas y diccionarios.

Hubo en Grecia, junto a los dialectos del griego, lo que se llamó «lengua común», forjada, ante todo, sobre la base del ático. Esta «lengua común» es lo que entre nosotros representa el castellano medio, el que se forma en el seno del público de los cafés y tertulias, el lenguaje vivo. Reflejarlo es y debe ser el empeño de la prensa.

En ninguna parte me gustan menos que en la prensa diaria los aires casticistas y los purismos de similar. El periódico debe parecer escrito en la calle, entre el estrépito de los carruajes, las voces de los vendedores ambulantes y el ir y venir de los transeúntes, en el lenguaje suelto y hasta descuidado de que éstos se sirven. ¡Fecundo descuido el de tal lenguaje!





Sería larguísima la lista de los neologismos que á la prensa debemos ó que ella, antes que nadie, ha recogido de la calle prohibiéndolos. Con ellos se podría muy bien sustituir el hueco que en el mamotreto que nuestra Real Academia llama Diccionario, dejasen las palabrotas fósiles y los terminachos muertos de que está plagado. En la prensa diaria es donde primero he leído frases como «dangentearse» una dificultad, «solucionar» un problema», ó «influenciar» en un asunto», y de la prensa salió esa bonita palabra de «reconocimiento».

El que atado al duro potro de una redacción, tiene que tener al público, á diario, hablándole, hoy de arte, mañana de hacienda y de guerra, pasado mañana no dispone, afortunadamente, de tiempo para pulir y mondar sus escritos, limpiándolos de galicismos y otras bagatelas. Escribe como buenamente se le ocurra las cosas; el lenguaje de sus trabajos es el lenguaje interior de su pensamiento mismo. Y este lenguaje no es otro que el que ha recogido rodando por las calles y por los campos, por los cafés y por los casinos.

Es el único modo de que aquí se hagan escritores, gentes que escriban en la lengua de la conversación y no en la de la oratoria. Porque tienen muchísima razón los que aseguran que es difícilísimo encontrar un verdadero escritor en la literatura castellana, pues los más que por tales se tienen suelen ser oradores retóricos, en cuyos escritos la palabra «circunfluye» á la idea, como diría un griego. No se ciñe á ella y la dibuja, sino que flota en su alrededor ocultándola bajo perifollos.

A mi juicio y para mi gusto al menos, nuestros mejores escritores, casi diría nuestros únicos, se han formado en la prensa y en ella se ejercitan. Y siempre que algún extranjero me ha consultado sobre los mejores textos para aprender castellano, si no era un erudito que quería aprenderlo para registrar á nuestros clásicos, sino para la vida ó para estudio filológico, le he recomendado que lea fondos y sueltos de periódicos.





Y aun voy más lejos y sostendría con extensión de datos y argumentos que creo de peso, que la lengua en que están escritos nuestros periódicos, esa lengua tan denigrada por muchos mantecatos, es en el fondo superior á la de nuestros clásicos. Si, el lenguaje de los fondos de nuestros diarios políticos es, digase lo que se quiera, superior al del P. Rivadeneira, el P. Granada, Cervantes, Solís y todos nuestros castizos autores. No está en la lengua la superioridad de éstos, como no está en ella la inferioridad de aquellos de nuestros periodistas que sean infelices.

Hay que repetir una y mil veces el viejo precepto horaciano: «scribendi recte sapere est principium et fons», el principio y fuente del bien escribir es saber, saber lo que se escribe. Lo que es menester es tener ideas, que ellas brotarán. Sojuzgarlas á la palabra es ahogarlas en germen, obra de verdadera reacción.

Y es en verdad tan reaccionario el purismo, que, contra una opinión muy extendida, creo firmemente que los peor escritos de nuestras publicaciones periódicas son las de matiz reaccionario, ó llamémosla nea. Transpiran una insuportable pedantería, una infecunda afectación de pureza, un necio cuidado en la elección de vocablos. Son las que más aborrecen del galicismo, las que más descienden á cuestioncillas de propiedad de lenguaje, á gramatiquerías y tiquis miquis lingüísticos; son las que más «circunfluyen» á la idea con la palabra, las más prodigas en frases hechas y en giros de estribillo, las de lenguaje más muerto, trasunto fiel de la muerte de sus conceptos.

Y si alguna vez te encontrases, lector mío, con alguien que preciándose de purista y no soportando «corruptelas» de lenguaje se te mostrara como un progresista de tomo y lomo, capaz de engullirse á siete frailes crudos, no le hagas caso; por debajo es el más redomado reaccionario. Ráspale un poco y lo verás.

Miguel de Unamano

